

alguna fruta para los hermanos. Un dia no trujo cosa, y por burla fueron por él y le hicieron que se tendiera en una tabla, doliéndole que lo habian de enterrar en la huerta. Llevábanlo cargado, cantando el *Kyrieleison*. Asomóse el guardian, y dijéronle que iban á enterrar á Aparicio, que era muerto. Mandó que lo dejasen por entónces; y levantóse del féretro, y por eso dijo con santa simplicidad lo referido. En otra ocasion le vido con un hábito nuevo el dicho padre fray Juan de Santa Ana, y le dijo: ¡Bueno está ese hábito! Y respondió: Es que me lo dió fray Diego Mercado, el guardian de Tlaxcala, que es un santo fraile y le visitan los ángeles.

Estando ya para morir, entró el guardian con un Cristo en las manos y le dijo: Aquí está Jesucristo; no hay sino hacer un acto de contrición. Respondió el venerable padre: ¡Eso habia de estar ahora por hacer? ya nos conocemos, que somos amigos viejos. En la humildad fué extremado: en el refectorio se sentaba el último, y en la iglesia en las gradas de los altares: en casa de los seglares en el suelo ó en el umbral de la puerta; y si le instaban, decia: Mejor está la tierra sobre la tierra. Y si le decian algo en alabanza, decia: ¡Anda, que soy un mal hombre! Procuraba que otros lo fuesen, y les acordaba que eran polvo. Sucedióle que un dia de Corpus lo vido salir con su ganado el obispo de la Puebla: llamóle y díjole que cómo en un dia tan festivo salia

por la ciudad de aquella suerte. Calló sin responder, y conociendo el señor obispo su sinceridad, le preguntó si habia menester algo. Díjole: Esta bota está vacía, socorredla por amor de Dios. Vaya á un paje que se la llene, dijo el señor obispo; y no sabiendo qué hacer, le respondió: Yo no me entiendo con pajes; tomadla vos y haced que me la llenen. Admirado de la sinceridad, se levantó el obispo y hizo lo que le decia. Otras muchas corduras se le oyeron de prudente. En Tlaxcala entró á pedir limosna en una casa; y viéndole una niña, dijo: ¡Ay, el fraile loco! Respondió delante de los que lo oyeron: Dice bien, que los niños dicen las verdades: loco soy, pues no sirvo á Dios como debo. En riéndose de él, decia: Sirva yo á Dios, y ríanse de mí. No le faltaron al siervo de Dios tribulaciones, que á los suyos prueba Dios en el crisol de los trabajos. Depusieron algunos religiosos de él, que vivia sin religion y que no sabia rezar ni parecia cristiano. Llamóle el guardian, quitóle las carretas y puso á otro religioso en su lugar, y en la reprehension le dijo: Venga acá, bruto, tan bruto como los bueyes: ¿cómo vive? ¿qué hace de su vida? Respondió: Hago lo que me manda la obediencia por amor de Dios; no puedo más, que si más pudiera más hiciera. Oigan, dijo el guardian, con simplicidades quiere disculparse; yo lo meteré en el noviciado y le enseñaré á ser religioso, que ni cristiano parece. Respondió con su acostumbrada mansedumbre: Yo

con mis simplicidades puede ser que emboque; pero vos con vuestras letras, Dios lo sabe dónde iréis. No reparó por entónces el guardian; hizolo llevar al noviciado y que le señalasen quien le enseñase las oraciones; y como no le ayudaba la memoria, no podia por su rudeza, cuando él las sabia mejor con su virtud. Ocupólo en que acarreará piedra con un macho arisco del convento; y viéndole tan trabajado los que lo conocian virtuoso, pidieron al guardian le ocupara en otra cosa. Ocupólo en la puerta de la huerta, por donde entraban los materiales, para que mirase por la rosa, que era para la botica. Mandóle, por obediencia, no consintiese el que cortasen la rosa. Replicó: ¿Y si me la piden? Dar una no mas, dijo el guardian. Y así lo hacia. Conocióse la falta que hacia en la limosna Aparició, porque ni la cuarta parte trujeron de lo que él traía, y volviéronle otra vez á sus carretas, y en sus maravillas.

Fué varon extático, que muchas veces le vieron arrobado. Yendo á misa unas señoras al convento de Amozoc le vieron estar con sus carretas, y dijeron: Mejor estuviera este fraile en su convento. Y á la vuelta le hallaron más de dos codos en éxtasis arrobado, corrigiendo Dios su malicia con esta maravilla. En otra ocasion le fué á buscar al campo junto á Huexotzinco un devoto suyo; y no hallándole, por la sombra que hacia la luna, le vió en alto levantado. Otra vez, en la Puebla, le vió

una señora en el patio, de mañana, rodeado de una luz. Estando en oracion en el coro le sacaron los enemigos al claustro, y afligido les preguntó: ¿Qué me quereis? Y diciéndole que ahogarlo, contestó: Haced en mí lo que fuere voluntad de Dios. Y al punto lo dejaron.

Los favores que de los santos ángeles sus devotos, á quienes llamaba zagalejos de nuestro Padre San Francisco, á quien invocaba y encomendaba su ganado, de San Antonio (en cuyo dia profesó), de Santiago por ser patron de su patria, y de San Diego por ser de su estado, fueron muchos: en la sierra de Tlaxcala, en figura de indios, le trujeron huevos y pan. En el camino de Tepeaca le pusieron en el campo una servilleta con pan, y de comer. Y en otra, en una noche oscura, le alumbraron en el camino. En otras dos ocasiones, en Huexotzinco le dieron música, y de ordinario le ayudaban en su trabajo. Uno en figura de niño le guardaba el ganado, Santiago le libró de la muerte, nuestro Padre San Francisco le ayudaba, y así le decia: Padre mio, vuestra es esta limosna, y para vuestros hijos la busco. Siempre que le faltó vino, decia: S. Francisco dará, y siete veces le socorrió con él. San Antonio de Padua le trujo una vez el manto perdido: con San Diego tenia familiares coloquios. Una noche, estando debajo de la carreta, le oyó hablar el señor de la hacienda, y preguntándole con quién hablaba, dijo: con fray Diego, que le digo

que me trueque su rosario. Otra vez perdido el manto, un indio queriéndole cortar no pudo entrar la tijera, y San Diego le dijo fuese por él, diciéndole que lo querian cortar. Otra vez, rogado varias veces de Constanza Diaz, mujer de Juan Ruiz, le alcanzara con Dios un hijo, respondió: ya se lo he dicho á fray Diego, y dice que no conviene que tengais hijos. Otra vez le oyeron decir: fray Diego, iré á acompañaros en el cielo.

Comunicóle Dios nuestro Señor vision de almas, revelacion de cosas ocultas, y penetracion de corazones. Estando en la Puebla dijo: Ahora entra el alma de la hija del virey en el cielo. Y hecho el cómputo á la hora que doña Francisca, hija del marques de Villamanrique murió en México, dijo aquello en la Puebla. En otra ocasion estaba tres leguas de la Puebla, y haciendo admiracion de alegría, le preguntaron: ¿qué es eso? Y dijo: la alma de fray Ambrosio ha embocado; y á aquella hora habia muerto el religioso. En otra ocasion entró en una ermita, y una alma de una india difunta le pidió socorro. Preguntóle el siervo de Dios si acaso se salvaban los indios. Respondió: los niños, todos; de las indias, algunas; de los indios, pocos, porque los más se condenan, en especial los mandones: revelacion de lo oculto. Porque sabia donde andaban los bueyes, y un dia estando con Diego García, que estaba por un caballo que le faltaba afligido, le consoló diciendo: no os aflijais, que ya

traen vuestro caballo. En otra ocasion estaba en una estancia, y una señora de la Puebla envió á decir al convento al padre guardian, que le dijese al padre Aparicio le encomendara á Dios, y á esa hora dijo el venerable padre á los que estaban con él en la estancia: oiga la buena vieja, que dice que me digan le encomiende á Dios. Que me quiere tener encerrado en el convento para eso. Penetraba corazones. Estando enferma una hija de Juan de Navarra, le pidió le encomendase á Dios, y dijo: ha de morir vuestra hija sin remedio, porque no cumplió el voto que hizo á Dios de virginidad casándose. Estos y otros muchos casos le sucedian á cada paso, de que daban á Dios nuestro Señor las gracias.

Tuvo don de profecía, y así en las enfermedades de los prójimos, como en sufragio de las almas, obró Dios nuestro Señor, por la intercesion de su siervo, muchas maravillas. En Huexotzinco, en la estancia de Juan Caballero y Elvira Rodriguez, pasó una carreta sobre un niño, hijo suyo, de once meses, haciéndole pedazos el hombro izquierdo, la pierna y cabeza. De allí á dos horas llegó Aparicio: halló la casa de su bienhechor alborotada, y al niño amortajado. Lastimóle la desgracia: hizo oracion, y cogiéndole en sus brazos puso su rostro sobre el rostro deshecho de la criatura, y al punto quedó sano y vivo; y dando á Dios nuestro Señor las gracias se lo entregó á su madre, convirtiendo

las lágrimas de dolor en lágrimas de agradecimiento.

Finalmente, después de una rara penitencia, pues siempre durmió en el suelo, y de ayunos y oración continua: los ayunos se coligen de las muchas veces que el cielo le socorrió con el sustento: la oración, de que andaba fuera de sí y de los favores que en ella le comunicó el Altísimo: muchos de ellos manifestó al venerable padre fray Alonso de Cepeda (cuya vida tengo escrita), y otros por sí fueron manifiestos al mundo. Anunció su muerte á muchos. A Diego del Oro, veinte días ántes, estando moribundo, le dijo: Ea, Diego, andad con Dios, que dentro de breves días iré yo también. A casa del licenciado Hernando Diaz llegó á despedirse, y viéndole los piés tan lastimados y las sandalias tan rotas, le dió otras; y el siervo de Dios, agradeciendo la caridad, le dijo: guardad estas sandalias donde se hallen, que presto las habréis menester. Y así fué. Dentro de seis días oyendo los prodigios que sucedían en su muerte, buscó las sandalias y á pedazos las repartían para reliquias, y con ellas obró Dios nuestro Señor algunas maravillas. Llegó el domingo ántes de su tránsito á casa de otra señora, y pidió un jarro de agua; y al despedirse dijo: quedaos con Dios, que me voy á morir al convento. Preguntó la señora á la criada en qué jarro le había dado el agua, y viendo que era con el que bebía la señora, le arrojó en un cor-

ralillo muy enojada. A los cinco días llegaron á su noticia las maravillas del venerable padre Aparicio, difunto; y yendo á buscar los tiestos, halló que donde el siervo de Dios había puesto la boca había brotado una olorosa azucena. Fué con él ante el notario, y se tomó luego testimonio.

Llegó al convento el venerable Aparicio de la quebradura afligido, y llamó á fray Juan de San Buenaventura, que era el hortelano y de su patria, que le trujese salvado caliente, que era su ordinaria medicina. No quería entrar en celda para curarse, sino que en un rincón de la sala, donde cae la capilla de la Virgen, quiso recogerse: costumbre antigua del siervo de Dios, que siempre dormía donde pudiera ver al cielo y las estrellas, y así quería tener á la vista á la estrella mejor del cielo María Santísima, de quien fué muy devoto. Mandóle por obediencia el guardian, y el médico dijo que no le había de curar hasta que tomase celda: fué el obediente siervo. Administráronle los Sacramentos, que recibió de rodillas, y pidió, con la ceremonia acostumbrada, el perdón de los defectos, el hábito para su mortaja, y que le encomendasen á Dios, con humildad profunda. Y diciéndole un religioso de las tentaciones del enemigo en aquella hora, dijo con confianza católica: harto me ha dado en que entender; pero no ha de tener parte en mí, que yo he procurado amar y servir á Dios nuestro Señor, y en él confío como cria-

tura suya: dijo al guardian lo que se refirió al mostrar el Santo Cristo, y anunciando lo que habia de suceder á la hora de su muerte, dijo: para pasado mañana tengo un convite á que han de venir los convidados sin ser llamados. Y fué que el viérnes, á las siete y media, se fueron todos los religiosos á su celda. Habíase bajado de la cama al suelo con sus paños menores, y vestido de su hábito, porque se le concedió por su instancia y consuelo el morir como nuestro Padre en el suelo. Viéndolos juntos pidió que le cantasen un credo. Hízose así, y sin haber tocado la campana al credo, como es ordinario, dió su espíritu al Criador, á las ocho de la noche, en 25 de Febrero, día de San Matías, el año de 600. Murió de 98 años. En este tiempo estaba María Sifuentes, mujer de conocida virtud, en oracion, y con grande alegría á voces dijo: un alma de uno que acaba de morir entró en el cielo. Oyó despues el doble y procuró saber quién era el difunto. Al doblar les pareció á muchos sonido de repique, el que era, á la verdad, doble. Fué tan grande el concurso, que no le pudieron en cinco dias enterrar. Entre los milagros que obró nuestro Señor en manifestacion de la santidad de su siervo, se contaron de aquel tiempo veintiuno. Le sucedió á Juan Nuñez, barbero, que arrojándose sobre el cuerpo para abrazarle, buscándole la mano, el siervo de Dios la sacó abierta y se la dió. Llegando Francisco Yañez, vecino de Tlaxcala, á pedirle le

encomendase á Dios, el cadáver abrió los ojos, y volviéndolos á cerrar le hizo la seña de que sí. Otro labrador le reconvino con la palabra que le habia dado en vida, y que no faltase á ella, y levantó el cadáver el brazo. Fué una vez con caja y otra vez en tierra sepultado: despues fué hallado entero y fresco. Con la cal de su sepulcro ha obrado Dios muchos milagros: hace memoria breve de su vida el Martirologio. Torquemada la imprimió el año de 1600 en Tlatilulco por don Diego López de Ávalos: la trae en la cuarta parte, lib. 2, cap. 27 hasta el 34 don Bartolomé Pajejo, médico, en sesenta y seis capítulos. El padre fray Bartolomé de Letona la intitula Relacion Sumaria, dividida en treinta capítulos, aprobada por el doctor don Jacinto de Escobar, don García de Palacios (obispo que fué de la Habana) y don Juan de Goitia; y nuevamente el reverendo padre fray Diego de Leyva, en cinco libros y sesenta y seis capítulos, ajustada con la relacion del proceso que la lleva á imprimir, y va por pro-ministro del capítulo general y procurador de su beatificacion. ¡Dios nuestro Señor sea servido de que le alcancemos beatificado, para honra de la Provincia y gloria suya!

La suma de milagros auténticos y aprobados es: de no haberse mojado, y haberse dividido el arroyo por no mojarle treinta y cinco veces: en partos doscientas: en tabardillos veinticinco: socorro que tuvo de vino milagroso, en que decia S. Francisco dará,

siete veces: sustento que tuvo milagroso, cinco veces: difuntos resucitados, un niño viviendo, y nueve despues de su muerte. Los milagros, estando en el féretro, veintiuno. De dolores y á un ciego, catorce: de quebraduras treinta y siete: de males de corazon otras treinta y siete: de tullidos, llagas y apostemas, ochenta y cinco: de calenturas y heridas cuarenta y nueve: de sanidad repentina ciento veinte: de tempestades y curas de animales, ciento cincuenta y cinco. Se ha aparecido intelectual y visiblemente veintiuna veces; y sin estos, como dijo á la religion y escribió á su Santidad el señor don Diego Romano, si se hubieran escrito todos, fuera menester mucho tiempo.

En la bula remisorial que expidió la santidad de Urbano VIII el año de 625, en que le da rótulo, en el número diez del interrogatorio dice: «Así ántes como despues de entrar en la religion fué excellentísimo en todas las virtudes, en la fe, meditacion y contemplacion, menosprecio del siglo, pureza de conciencia, en temor y amor de Dios, caridad del prójimo, celo de la honra de Dios, salud de las almas, gozo, paz, misericordia, beneficencia, prudencia, discrecion, docilidad, solicitud, circunspeccion, justicia, religion, oracion mental y vocal, penitencia, piedad, observancia, pobreza, agradecimiento, verdad, simplicidad, liberalidad, fortaleza, magnificencia, paciencia, longanimidad, perseverancia, constancia, abstinencia, templanza, sobriedad, cas-

tidad virginal, vergüenza, maceracion, mansedumbre, clemencia, humildad, cuidado, silencio y modestia, pureza de fe católica, devotísimo de los misterios de la pasion, con gran esperanza de la gloria con los auxilios de los santos y de la Virgen María, de quien fué devoto: visitaba los hospitales, reconciliaba enemigos, solicitaba sufragios para las almas, ejercitándose en penitencias de su cuerpo, en amor de Dios y caridad del prójimo.»

La ciudad de la Puebla lo tiene jurado por patron; las religiones todas con esta Provincia solicitan su beatificacion para que solicitemos su intercesion. Su cuerpo está en una caja entre los demas, entero, fresco y oloroso esperando la resurreccion universal.

26.

El venerable padre fray Fernando Perez del Valle, natural de la villa de Vivero, profesó en México en 15 de Febrero de 576, hijo de Juan de la Calzada y de Teresa Alonso. Dió ejemplo de virtudes heróicas por muchos años: siempre durmió en el suelo. Era en los ayunos continuo: se ocupó en el confesonario con fervor. El demonio le traía todo lastimado y dolorido, y con la oracion le vencía. Murió en México á 26 de Febrero de 1614.

27.

El venerable padre fray Martin de Arvide, natural del Puerto de San Sebastian en la Cantabria,